

Félix Rodríguez

REDENTOR DEL HOMBRE

didaskalos

97



FÉLIX RODRÍGUEZ

REDENTOR
DEL HOMBRE



Ilustración de portada: *El Expolio* del Greco

Primera edición: marzo 2025

© Autor: Félix Rodríguez

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-6092-2025

ISBN: 978-84-19431-55-4

Maquetación: M.^a Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<i>Págs.</i>	
PREFACIO: ¿QUÉ REDENCIÓN TRAE CRISTO?	7	
<i>P. José Granados García, dcjm</i>		
REDENTOR DEL HOMBRE	17	
<i>P. Félix Rodríguez Barbero</i>		
Enseñanzas del nuevo testamento	17	
1. Dos imágenes: sacrificio de expiación y rito de alianza	19	
2. Interpretación primitiva: tres afirmaciones bíblicas	21	
<i>Primera afirmación: perdón a las culpas</i>		21
<i>Segunda afirmación: redención del pecado.</i>		22
<i>Tercera afirmación: reconciliación con Dios.</i>		23
3. Una observación importante: acción sacerdotal	25	
Comprensión de la Iglesia antigua	26	
1. Redención como pago de nuestra liberación	27	
2. Sacrificio visible y sacrificio invisible	29	
Aportación de la Edad Media	33	
1. Satisfacción por la ofensa del pecado	33	
2. Una crítica a San Anselmo	36	

	<i>Págs.</i>
3. El concepto de satisfacción en la Escritura	37
4. Recepción de la Iglesia	40
Vicisitudes en los siglos posteriores hasta hoy	43
1. Un error: Cristo castigado en nuestro lugar	43
2. Desaprobación de ese error por la Iglesia .	45
3. Presupuestos para la interpretación verdadera	46
4. En qué nos sustituye Jesucristo	49
5. Eficacia de la redención	52
6. Una doctrina olvidada: la resurrección redentora	53
7. Unidos en la tierra a Cristo redentor	56
EPÍLOGO: SEMBLANZA DEL PADRE FÉLIX RODRÍGUEZ BARBERO, SJ († 2009)	59
<i>P. Luis de Prada, dcjm</i>	

PREFACIO

¿Qué redención trae Cristo?

P. José Granados García, DCJM

Cumplo una gozosa obligación al prologar esta reedición en la editorial Didaskalos de la breve obra *Redentor del hombre* del P. Félix Rodríguez Barbero, SJ. Los Discípulos de los Corazones de Jesús y María debemos mucho como maestro al P. Félix Rodríguez. Él, en efecto, orientó nuestros primeros pasos en el estudio de la teología. En los comienzos de nuestro instituto religioso, recién llegados a la facultad de Burgos, donde entonces enseñaba, nos fascinaron sus clases y le pedimos que guiara nuestros estudios. Él se ofreció a hacer algo más: enseñarnos a estudiar. Y venía a nuestra casa regularmente para tratar del método teológico.

Era un método de estudio en común, que pasaba por una conversación sostenida entre nosotros, bajo su guía. A través de la amistad surgían las grandes preguntas sobre Dios, el hombre, el mundo. En este ambiente el P. Félix nos enseñó el rigor científico de la teología que, en el cauce de la tradición de la Iglesia, sabe dar respuesta a las cuestiones planteadas en nuestra época. Nos espoleaba a escoger grandes preguntas, a la altura de la grandeza que Dios ha revelado al hombre. Su método no aceptaba como obvia ninguna enseñanza, sino que invitaba a plantear el desafío: “¡Esto es falso! ¡Demuéstrelo!” De este modo obligaba a desentrañar las razones, razones que resuenan con lo hondo de la experiencia del corazón humano. “¡Esto es falso! ¡Demuéstrelo!”, es decir, es necesario ahondar en la visión cristiana hasta percibir su honda verdad: cómo toca el centro de la vida del hombre y la vuelve fecunda.

Podemos ver un ejemplo de este método teológico en *Redentor del hombre*. Su reedición no es solo un homenaje al P. Félix Rodríguez, sino que se justifica por la relevancia que tiene el tema hoy y por la respuesta teológica que contiene.

En nuestra sociedad vuelve a hacerse urgente la pregunta por la salvación. Es la pregunta por la sal-

vación del cuerpo, ante la crisis ecológica que afecta a nuestro ambiente material. Es la pregunta por la salvación de la razón, ante el desarrollo de la inteligencia artificial, que amenaza con hacer artificial nuestra inteligencia. Es la pregunta por la salvación del bien común, ante la crisis de la política. Es la pregunta por la salvación de los ambientes de humanidad, ante la devastación de la cultura.

¿Es posible salvar todo esto? ¿En qué consiste esa salvación? ¿Qué caminos concretos nos permitirían alcanzarla? Pues la fe cristiana no nos salva *de* la carne, *de* la razón o *de* la sociedad, sino que salva la carne, la razón o la sociedad, y nos salva a nosotros al salvar todo ello.

Se emplaza en este contexto la pregunta por Cristo como Redentor y Salvador del hombre. Vivimos en una sociedad pluralista, donde hay muchas ofertas salvadoras. Ante esto no basta decir que Cristo es el Salvador único de todos, sino que hay que especificar: ¿de qué salvación hablamos? Es decir, el cristianismo no proclama a Cristo como un salvador universal que da a cada uno lo que desea, conduciéndonos a un cielo donde caben opciones dispares de vida. Resulta, más bien, que Él ha traído una forma de vida común, que es la vida plena que Él mismo

vivió y nos enseñó a vivir. Así, Él salva a los muchos para que lleguen a ser uno en Él. Por jugar con una expresión del Papa Francisco: Él ha venido a ofrecer la salvación a “todos, todos, todos”, pero de modo que sean “uno, uno, uno”, y en la medida en que los “todos” se abran para acoger esta unidad.

Por eso la confesión de Cristo como Salvador solo es conforme al Evangelio si se une a la confesión de Cristo como *salvación* de todos¹. La salvación cristiana consiste en que suceda en el hombre, por conformación con Cristo, lo que ya ha sucedido en Cristo. La plenitud que ofrece Cristo es, por tanto, su forma de asumir y vivir en plenitud lo humano, llevando lo humano a la alianza plena con Dios.

Entendida la importancia del tema que afronta el P. Félix Rodríguez, podemos fijarnos en los puntos claves de su enfoque. Su argumentación quiere responder a esta pregunta: ¿cómo se explica que el Hijo de Dios, para salvar al hombre, eligiera hacerse hombre y debiera pasar por la cruz y la resurrección? ¿qué idea de Dios y del hombre, y qué idea de la salvación que Dios da al hombre, se deduce de aquí?

¹ Cf. LUIS F. LADARIA, *Jesucristo, salvación de todos* (San Pablo – Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2007).

En primer lugar, el P. Félix se sitúa en la línea de san Anselmo de Canterbury (1033-1109) y de su teoría de la satisfacción ofrecida por Cristo. Como muestra el P. Félix, san Anselmo asume la perspectiva bíblica, que usa los conceptos de *sacrificio*, *expiación* y *reconciliación*. En ellos es central la idea de una alianza entre Dios y el hombre que el hombre ha roto por el pecado y que es necesario reparar. Esta salvación requiere, según san Anselmo, que el hombre restablezca la justicia ante Dios.

Pues bien, por la Encarnación y muerte en cruz de Cristo existe un hombre, Cristo Jesús, que es a la vez Hijo de Dios. Él es capaz de ofrecer, en nombre nuestro (por ser nuestro hermano) un sacrificio digno de Dios (porque es su Hijo único). El P. Félix aclara que no hay aquí un reduccionismo jurídico, sino la lógica de una amistad recíproca, o alianza, en que cada parte está en pie ante la otra, contribuyendo a la comunión mutua.

Dante expresó esto mismo en su *Divina Comedia* (*Paraíso* VII) al decir que Dios no se había limitado a levantar al hombre caído, sino que había hecho más: había hecho al hombre caído capaz de levantarse por sí mismo. Esta visión de san Anselmo no implica, por tanto, una visión del Padre justiciero que exigiera

a toda costa la reparación de su honor. De fondo hay, más bien, el deseo de mantener la verdad de la alianza entre Dios y su Pueblo, que comienza por un don primero de Dios, el cual hace al hombre capaz de una respuesta libre de amor.

En segundo lugar, la explicación del P. Félix Rodríguez recoge también la perspectiva del amor gratuito y misericordioso como marco para una explicación global de la redención. Para ello se completa la mirada anselmiana, centrada ya en la misericordia divina, con la contribución de san Agustín y de santo Tomás de Aquino. San Agustín ve la redención desde la ofrenda de un sacrificio que es, ante todo, no la ofrenda de cosas ni de acciones, sino la ofrenda de sí mismo y del propio corazón. También santo Tomás ve la redención desde el acto de intensa caridad por el que Cristo se ofrece por nosotros. De este modo puede percibirse que fue redentora, no solo la muerte de Cristo que satisface la justicia, sino la totalidad de su existencia, por la fuerza de la caridad que le habitaba.

Desde esta extensión de capacidad redentora a toda la vida de Jesús, evitando concentrarlo todo solo en el momento de su muerte expiativa, se puede expresar mejor que Cristo no es solo el Salvador del

hombre, sino también su salvación. Es decir, como hemos notado antes, la salvación consiste precisamente en vivir como Cristo vivió y enseñó a vivir. Y esto se logra solo si nos unimos en amistad a Él, de modo que nos comunique su vida.

Entendemos así la diferencia entre Cristo y los demás fundadores de religión. Mientras ellos, por lo general, indican y abren un camino hacia el Absoluto, Cristo se presenta como el camino mismo y también la meta. Por eso los demás fundadores se retiran, una vez que el hombre alcanza la meta a la que ellos apuntan. Pero la presencia de Cristo sigue siendo esencial para nuestra salvación cuando alcanzamos la meta en su Padre.

Querría señalar todavía *un tercer aspecto* de la propuesta del P. Félix Rodríguez en *Redentor del hombre*. Mientras normalmente asociamos la redención con el sufrimiento y la cruz, el P. Félix concluye insistiendo en el *valor redentor de la resurrección*. Es un tema que, en efecto, ha sido puesto de relieve por la exégesis contemporánea, según lo que enseña san Pablo: Cristo resucitó “por nuestra justificación” (Rom 4,25). La cosa aparece también en la carta a los Hebreos, pues allí Cristo, tras morir en la cruz, asciende al cielo a ofrecer allí su sacrificio ante el Pa-

dre. Y desde el cielo vive siempre para interceder en favor nuestro (Heb 7,25).

Ciertamente la redención se asocia a un sufrimiento y a una muerte, pues es costoso reparar la alianza después de su ruptura. Y también nuestra colaboración en la redención conlleva la aceptación del dolor. Como san Pablo afirma a los Colosenses, él completa lo que falta en su carne a los sufrimientos de Cristo (Col 1,24). Ahora bien, con esto está dicho solo una parte de la cuestión. Pues si Cristo resucita por nuestra justificación, entonces la alegría tiene también valor redentor. Y nuestros gozos completan lo que falta en nuestra carne al gozo de Cristo.

Nos preguntábamos antes por la salvación que trae Cristo. La redención por la resurrección, que es redención por la alegría, ilumina esta pregunta. Si Cristo nos redime con su alegría pascual es porque la alegría es la salvación plena que Él trae y que ya se nos anticipa. Estar alegre, en efecto, es participar ya y gozar del bien que se busca.

Esto puede verse también si pensamos que el dolor es redentor solo si es un dolor fecundo. Cuando el dolor lleva fruto, entonces ha perdido su aguijón. Ahora bien, la fecundidad del dolor implica que el dolor anticipa la alegría del fruto que el sufriente

ve madurar. Cristo no eliminó el dolor, pero lo hizo fecundo y, de este modo, lo hizo compatible con la alegría.

La alegría es redentora, por tanto, no solo porque es la meta a la que tiende todo el camino redentor del sufrimiento y, sin meta, no habría camino. Sino que la alegría es redentora, además, porque el camino redentor del sufrimiento participa ya de la alegría final, que el Resucitado nos adelanta. Nos salvan sus llagas, y sus llagas son llagas resucitadas, gloriosas.

Si esto es así, la resurrección redentora nos da la medida de la esperanza cristiana, en un tiempo acuciado por la pregunta de la salvación. ¿Cómo salvar el cuerpo, la razón, el bien común, los ambientes de humanidad...? El cristiano responde que, en la relación viva con Cristo, todo esto está ya salvado en semilla y, desde ese don originario, la salvación se expande y madura.

¿Y cómo se anticipa esta salvación? Al comenzar su argumentación sobre qué es la redención, el P. Félix parte de la Eucaristía. Allí ve expresada y practicada la redención que nos trae Cristo. Y su obra concluye, de nuevo, con la Eucaristía, como lugar donde se nos comunica la salvación. Recordamos a los antiguos cristianos de África que, según

san Agustín, llamaban “salvación” al bautismo, que es la puerta de la Eucaristía; y a la Eucaristía la llamaban “vida”, plenitud de la salvación (*De peccatorum meritis* 24,34).

Desde esta conclusión eucarística se perfila también una tarea. Si todo se salva desde su inclusión en la Eucaristía, la misión cristiana consiste en extender el ambiente eucarístico a todos los ámbitos del cosmos y de la sociedad. Se salva el cuerpo desde “mi cuerpo por vosotros”. Se salva la alianza desde “mi sangre derramada”. Se salva la razón desde el “¡misterio de la fe!” Se salva el bien común desde el único pan y cáliz. Se salva el hombre desde el “por Cristo, con Él y en Él ... toda gloria al Padre”.

Villaescusa de Haro,
22 de diciembre de 2024

Ya desde los primeros tiempos del cristianismo, Jesucristo ha sido calificado con títulos muy diversos: unos, como el de Hijo de Dios, para distinguirlo por su condición; otros como el de Salvador, para designarle por su obra. Entre estos últimos títulos hay uno, el de Redentor, de sentido muy cercano al de Salvador, que ha sido usado con predilección porque señala lo más fundamental de la obra de Jesucristo: la redención del hombre

En nuestra sociedad vuelve a hacerse urgente la pregunta por la salvación. Es la pregunta por la salvación del cuerpo, ante la crisis ecológica que afecta a nuestro ambiente material. Es la pregunta por la salvación de la razón, ante el desarrollo de la inteligencia artificial, que amenaza con hacer artificial nuestra inteligencia. Es la pregunta por la salvación del bien común, ante la crisis de la política. Es la pregunta por la salvación de los ambientes de humanidad, ante la devastación de la cultura. ¿Es posible salvar todo esto? ¿En qué consiste esa salvación? ¿Qué caminos concretos nos permitirían alcanzarla? Pues la fe cristiana no nos salva de la carne, de la razón o de la sociedad, sino que salva la carne, la razón o la sociedad, y nos salva a nosotros al salvar todo ello.

